

El bebé y su familia: sistema complejo de interacciones

M^a Carmen MORENO RODRIGUEZ
Universidad de Sevilla

En el presente trabajo se subrayan las posibilidades crecientes, tanto teóricas como metodológicas, que desde dentro de la psicología se van dando para acceder al estudio de la familia con rigor. En concreto, se analizan desde una perspectiva histórica los distintos modelos que se han ido ofreciendo para analizar las influencias que el bebé recibe en el interior de su familia.

La familia constituye una de las bases principales sobre las que se asientan la mayor parte de las sociedades. Su forma y funciones varían según las culturas y los grupos sociales; en nuestra sociedad occidental, por ejemplo, pese a los cambios que está experimentando, sigue teniendo por función esencial garantizar la seguridad de sus miembros y, fundamentalmente, la educación de los hijos. Es necesario subrayar la importancia de este último aspecto, dado que es dentro de la familia donde los individuos adquieren los aprendizajes básicos —desde la adquisición del lenguaje hasta el aprendizaje y conocimiento de las costumbres del grupo al que pertenecen— que le servirán para adaptarse al medio.

Es por esto que la familia se convierte en un obligado e interesante objeto de análisis e investigación para los que, de alguna manera, estamos interesados por conocer en qué medida las características y procesos que suceden en este primer ambiente son responsables de nuestro desarrollo, nuestras expectativas y desempeño posterior a medio y largo plazo.

A pesar del interés que desde antiguo existe por conocer la dinámica familiar, siempre ha habido una prevención especial para acceder a ella con cierta rigurosidad científica y metodológica. La idea general sostenida era que se trataba de una urdimbre de interacciones tan compleja que sólo una aproximación global y especulativa podría arrojar luz sobre sus procesos. La contribución más importante que vino a fortalecer esta creencia fue la de los principios e ideas sostenidos por la teoría freudiana, que partiendo de interesantes observaciones acerca de las relaciones entre los miembros de la familia, formuló toda una compleja teoría desde la que se considera la superación del Complejo de Edipo y la consiguiente identificación con el progenitor del mismo sexo como hitos importantes y determinantes de la vida posterior del individuo.

Los avances teóricos y metodológicos que al paso de los años se han ido produciendo, han contribuido a demostrar que la familia puede ser estudiada desde otras perspectivas científicas tanto en situaciones de laboratorio como en ambiente natural.

Como ejemplo, en este trabajo nos detendremos a analizar cómo se ha ido procediendo en el estudio de las experiencias tempranas que el niño vive con sus progenitores.

La diada madre-hijo

El interés por conocer qué sucede en los dos primeros años de la vida del niño para que éste evolucione de ser una criatura biológica— conjunto de reflejos y cualidades innatas —a un ser social con características propias, ha conducido a los investigadores a dedicar muchos esfuerzos para confirmar el papel protagonista de la madre, dado que es ella quien tiene en la mayoría de los casos la responsabilidad de su cuidado durante los primeros meses.

Efectivamente, ya desde el comienzo de la concepción se inicia una compleja relación que se desarrolla y va cambiando conforme avanza el embarazo y hasta el momento del parto; en ella se incluyen desde aspectos físicos (alimentación, ejercicios, esfuerzos físicos, etc.) hasta emocionales (estados de ánimo). Una vez que el niño nace, la relación se complica más, ya que entran en juego, además de las características del bebé (activo procesador de información, depositario de capacidades motoras, de lenguaje, etc.), las de la madre (nivel cultural, personalidad propia, fantasías, miedos, creencias y expectativas puestas en el niño, etc.) y las de la situación (características de la vivienda, convivencia con otros miembros de la familia y características de éstos, etc.).

1. Modelos unidireccionales

Como señala Shaffer (1977), tradicionalmente, en el estudio de las relaciones madre-hijo, se ha insistido en un orden causal unidireccional referido a las influencias que ejerce la madre sobre su hijo. Así, una forma de entender la *función maternal* ha sido como *actividad de cuidado físico*; desde este punto de vista, las prácticas de alimentación, destete y aseo, han sido insistentemente subrayadas (sobre todo por los freu-

dianos) bajo la suposición de que tales prácticas explicarían determinados rasgos de personalidad en la vida posterior del niño. Esta línea de investigación, por atender más a los residuos posteriores dejados por experiencias tempranas que al propio niño, y por basar sus supuestos en hipótesis no siempre bien comprobadas, no ha despertado grandes entusiasmos entre los psicólogos evolutivos. Es por esto que coincidimos con Shaffer (1971) en afirmar que el aforismo según el cual «el niño es el padre del hombre» sigue siendo más un artículo de fe que una conclusión científicamente fundada.

Otras investigaciones, con un enfoque igualmente unidireccional, entienden la *función maternal como conjunto de actitudes*. En estos casos las variables cruciales son aspectos muy generales de la relación; se trata de dimensiones (por ejemplo, cálida-fría, permisiva-restrictiva) que se supone subyacen a una amplia gama de conductas de los padres. En esencia es éste un modelo correlacional que informa de relaciones simples y fáciles de establecer pero que ignora la complejidad de las realidades de la interacción ambiente-niño; asimismo, imposibilita la formulación de predicciones fiables y de explicaciones sólidas (Yarrow *et al.*, 1972). Frente a la consistencia de los datos que relacionan con detalle el ambiente físico y el social con el desarrollo del niño, estas investigaciones centradas en la incidencia de parámetros muy generales acerca de actitudes paternas y desarrollo aportan conclusiones más débiles (Wachs y Gruen, 1982). Sin embargo, pueden ser útiles, en una primera aproximación, para indicarnos en qué medida una variable puede estar influyendo en la interacción.

El último modelo unidireccional de las relaciones madre-hijo que aquí analizamos es el que entiende la *función maternal como estimulación*. La atención aquí se centra en cómo la madre media y selecciona adecuadamente la estimulación que precisa el niño para potenciar su desarrollo. Es claro, pues, que bajo esta perspectiva, el desarrollo es un proceso unilateral: se inicia y se configura únicamente en función del ambiente que rodea al niño; la conducta de éste debe ser entendida, en consecuencia, simplemente como una función de los estímulos con los que de hecho se haya asociado en el pasado.

Curiosamente, un hito importante en la evolución del estudio de las relaciones madre-hijo lo constituyen las aportaciones de la teoría piagetiana. Claramente supone una ruptura frente a esta visión unidireccional de las relaciones, pero solamente lo es para sustituirla por otra igualmente unidireccional. En este caso la atención no está centrada en la forma en que la madre ejerce influencia sobre el hijo, sino que se subraya el hecho de que, dado que la conducta del niño está dotada ya desde el nacimiento de forma y organización, le capacita para actuar sobre el entorno y ser él quien efectúe las modificaciones sobre el mismo. En absoluto se trata de un ser pasivo que responde a cada estímulo que el entorno le expone, sino que es él quien selecciona activamente aquellos aspectos que coinciden con sus preferencias.

Puede observarse que en los dos últimos casos la evolución se efectúa hacia puntos de vista extremos: se pasa de una preocupación centrada en las influencias de las tuerzas ambientales (madre) a un interés

por el niño en sí mismo sin una referencia explícita suficiente a las características del ambiente. Es decir, si en un principio era la acción del adulto sobre el niño el aspecto fundamental que definía la relación, ahora lo es solamente el niño, dando por supuesto el entorno y entendiéndolo simplemente como una constante (Shaffer y Crook, 1978, trad. cast., 1981; Osofsky y Connors, 1979).

2. Modelo bidireccional

Una nueva forma de acercamiento al proceso de interacción madre-hijo ha venido a añadirse en los últimos años. Se trata de una perspectiva diádica o bidireccional: la *función maternal como interlocución*. Desde esta aproximación, la interacción es vista a través de un complejo proceso de adaptación mutua o de sincronía más que como una simple relación unidireccional.

Es preciso recalcar que para entender el proceso de interacción de esta forma han sido muy útiles todas las investigaciones que previamente han estudiado determinadas características del bebé o del niño que pueden afectar la relación con su madre - por ejemplo, sexo, orden de nacimiento, nivel de vocalización, entonación, grado de actividad motora, etc. (Osofsky y Connors, 1979). En este sentido, merecen especial mención todas las investigaciones que en los últimos años se han dedicado al estudio del bebé como activo procesador de información (Palacios, 1984).

Desde el momento en que estos resultados son conocidos, la interacción debe ser entendida como una situación que implica a los dos participantes, no un hecho unidimensional. Puesto que cada uno de los miembros de la diada posee su propio conjunto de predisposiciones, aspiraciones, intenciones y predilecciones, entre otras muchas características, cualquier interacción entre ambos conllevará una modificación progresiva de sus respectivas conductas que será más notoria conforme la relación vaya avanzando en el tiempo y siendo más fuerte y compleja.

Efectivamente, el hecho de que desde sus comienzos el niño sea activo y no pasivo y que sea capaz de una conducta organizada y espontánea significa que a menudo es él quien se encarga de iniciar la interacción y la madre de continuarla, poniendo así de manifiesto que la bidireccionalidad es un aspecto que en las interacciones madre-hijo puede observarse desde el momento en que el niño nace. Por ejemplo, una respuesta tan simple y primitiva en el bebé como es la succión, posee un patrón de *arranque-pausa* al que la madre desde el primer momento se adapta. Se ha observado (Kaye, 1977; Kaye, 1982) que las madres, mientras dura el periodo de arranque están inactivas y tranquilas, mientras que durante las pausas mueven, acarician y hablan al bebé, desencadenando así un patrón alterante en el que primero uno y luego el otro es el actor principal. Otro ejemplo de tal sincronía se da en el modo en que las madres y los bebés establecen una atención recíproca hacia estímulos diversos del entorno. En esta relación visual el niño guía la conducta de la madre en el sentido de que ella mira hacia donde él mira; es decir, si es el niño el que comienza a mirar fijamente algo, la madre habitualmente responde diri-

giendo allí la mirada; sin embargo, si es ella quien inicia una contemplación, la mantendrá hasta que el niño mire (Brazelton *et al.*, 1974, cit. en Osofsky y Connors, 1979). Esta coorientación visual significa que la pareja comparte la atención por un mismo estímulo y supone el inicio o el primer paso hacia orientaciones más complejas en las que, por ejemplo, se hable acerca de las características de los objetos o sucesos sobre los que comparten la atención.

El patrón de interacciones evoluciona principalmente en función de la edad del niño. Esta adecuación al estado evolutivo se ve clara en lo referente al lenguaje. La complejidad lingüística de las interacciones vocales entre madre e hijo varía sistemáticamente conforme el niño crece, evolucionando desde expresiones verbales simples - normalmente de naturaleza repetitiva o ralentizando actos verbales o gestuales del niño - hasta verbalizaciones más complejas tanto en contenido como en forma, pero siempre ajustándose a las capacidades del niño. Son muchos los detalles que componen esta evolución de interacción lingüística (ver Vila, 1984), pero nosotros sólo vamos a hacer mención a un aspecto que nos parece especialmente interesante y que ha sido exhaustivamente estudiado por Bruner y sus colaboradores siguiendo algunos de los principios básicos vygotskianos (Bruner, 1978, 1982; Ninio y Bruner, 1978): el papel del adulto como «ensanchador» de los límites de la *zona de desarrollo próximo* del niño en el aprendizaje del lenguaje.

Recuérdese que para Vygotsky, (1977), la zona de desarrollo próximo es la distancia entre el nivel actual o real de desarrollo, determinado por la capacidad que el niño manifiesta de resolver sólo un problema, y el nivel de desarrollo potencial, determinado a través de la resolución de un problema bajo la guía de un adulto o en colaboración con otro compañero más capaz.

Estos autores utilizan el término *formato* para designar aquellas interacciones madre-hijo que son pautadas, rutinarias y predecibles (cada elemento de la pareja «conoce» la parte de interacción que le corresponde) en las que adulto y niño hacen cosas juntos, negociando entre ellos los procedimientos para llevar a buen término la tarea. Concretamente Ninio y Bruner (1978) analizan uno de estos formatos, el denominado *formato de lectura de libros*, cuya función esencial es precisamente la enseñanza del lenguaje. Se trata de una situación en la que madre e hijo se colocan ante una lámina de dibujo y las interacciones que establecen se efectúan con referencia a ella. Los autores distinguen cuatro tipos de vocalizaciones maternas: vocativos atencionales (ej. «¡mira!, ¡mira eso!»), preguntas (ej. «¿qué es esto?», «¿qué hay encima?», «¿qué están haciendo?»), etiquetas (ej.: «X es un Y», «hay un X») y expresiones de retroalimentación (ej.: «sí», «no es un X», «tienes razón, es un X»).

Todos los turnos del diálogo de madre e hijo incluyen, en la situación observada, al menos uno de estos tipos de expresiones maternas, pero, y esto es lo más interesante, la aparición de tales verbalizaciones tiene un orden que permite al adulto adaptarse al niño *andamiando* sus logros y forzando los límites de su zona de desarrollo próximo. Los vocativos son las expresiones que primero aparecen, tras ellos las preguntas y, por último, las etiquetas verbales (las expresiones de retroalimentación aparecen más tarde confirmando o co-

rrigiendo alguna respuesta del niño). Esta sucesión nos indica que la madre usa las expresiones clave en función de las estructuras que presupone existen en el niño; cuando ella dice: «¡mira!» es porque supone que el niño no está orientado hacia un determinado foco de atención; una vez que consigue compartir la atención ya no vuelve a aparecer este tipo de vocalizaciones. Este primer logro da pie a la madre para poder formular preguntas del tipo: «¿qué es esto?», puesto que presupone, por lo conseguido en el paso anterior, que el referente de «esto» está ya establecido. Por último, habiendo conseguido todo lo anterior procederá al etiquetamiento. Numerosos trabajos han confirmado durante los últimos años la solidez de estos postulados (DeLoache y DeMendoza, 1987).

Como Snow (1976, cit. en Ninio y Bruner, 1978) afirma, es fácil suponer que las madres estén dispuestas a interpretar una amplia variedad de respuestas del niño como indicio de su turno en el diálogo. Esta imputación de intención y contenido a la conducta del niño es probable que constituya una parte importante del mecanismo por el que el niño avanza desde conductas comunicativas primitivas (sonrisa, extensión de manos, vocalizaciones de balbuceo y déicticas, etc.) a otras cada vez más parecidas a las adultas. Esta manera de sobredotar de intención los comportamientos del niño por parte de los adultos es denominado por Rivière y Coll (1985) *estrategias de atribución excesiva*.

De lo visto hasta ahora se colige que la reciprocidad es la característica clave de las relaciones entre la madre y el niño, incluso bebé. La tarea de la madre no es tanto la de crear algo de la nada como la de encajar sus actuaciones en el continuo torrente de conductas infantiles. Gran parte de responsabilidad de esta sincronía interpersonal durante la primera infancia recae precisamente en ella: su capacidad para saber no sólo cómo, sino también cuándo responder, resulta ser crucial para mantener la interacción. Es pues la sensibilidad materna una condición básica para un desarrollo normal de las interacciones madre-hijo.

Sobre las variables que determinan más marcadamente las peculiaridades diferenciadoras de cada pareja, que con el tiempo se van acentuando, no vamos a tratar en este trabajo; debido a su complejidad, deberá ser objeto de análisis en un trabajo posterior.

La diada padre-hijo

Así como son muchas las investigaciones que han incidido en el estudio del rol materno y de las interacciones madre-hijo, no ha ocurrido lo mismo con la figura del padre, quien ha sido considerado más como marido de la madre que como padre de su hijo (Lamb y Easterbrooks, 1981). Efectivamente, el papel del padre ha sido ignorado probablemente por suponer, por un lado, que la relación madre-hijo era prioritaria y, por otro, por entender que la influencia paterna sólo empezaría a cobrar protagonismo a partir de los tres o cuatro años, momento éste sobre el que sí se ha investigado.

Tal como Parke (1979) señala, pueden distinguirse otras razones de tipo cultural, histórico y hormonal que han contribuido a esta falta de interés por la relevancia de la figura del padre, sobre todo en los primeros me-

ses de vida del niño. Sin embargo, el hecho decisivo que ha originado que se haya dejado de lado el estudio de la interacción temprana padre-hijo hay que buscarlo en qué ha sido desde el interior de las propias teorías psicológicas desde donde se ha obviado la importancia de esta figura. No es de extrañar que con toda esta insistencia por resaltar el papel de la madre, sobre todo en los primeros momentos del desarrollo, se haya eclipsado todo intento por conocer más acerca del papel del padre en la dinámica familiar. (Algo similar ha sucedido con el estudio de otros agentes socializadores: iguales, profesores, etc).

Una vez que se despierta el interés por el estudio del papel del padre, las investigaciones evolucionaron de forma similar a como años atrás se había procedido con la figura de la madre. Con idénticos paradigmas y metodologías se comenzó asumiendo un *modelo unidireccional* —que había sido ya superado con la madre— centrado en las influencias ejercidas por el padre sobre el niño sin analizar la contribución de éste a su propio desarrollo social y cognitivo.

Pero antes fue necesario convencerse de algo tan básico como que verdaderamente existía un vínculo hacia el hijo desde los primeros días tras el nacimiento. Entre otros, Greenberg y Morris (1974), trabajando con dos grupos de padres, uno que había tenido el primer contacto con el niño en la misma sala de partos y otro cuando se lo mostró la enfermera, comprobaron que ambos grupos evidenciaban en sus respuestas a entrevistas un fuerte sentimiento de paternidad y de interés hacia el niño. Más tarde, Parke y O'Leary (1976), trabajando con padres de clase social baja, que no habían asistido a ningún tipo de preparación para el parto y que no habían estado presentes durante el nacimiento de sus hijos, encontraron que los padres estaban muy implicados en atender a los hijos (tocar, mirar, vocalizar, etc.), con independencia de que la madre estuviera o no presente.

Son muchos los estudios que han analizado cómo el padre incide sobre el desarrollo cognitivo y social del niño preescolar. Nosotros sólo nos vamos a detener a considerar brevemente en qué medida puede incidir sobre el bebé. En este sentido, se ha encontrado, por ejemplo, que niños de cinco-seis meses obtienen puntuaciones en el test de Bayley que correlacionan positivamente con el grado de contacto con el padre (Pedersen, Rubinstein y Yarrow, 1979, cit. en Parke, 1979). También se ha observado que en edades de 16 a 22 meses que el juego físico social del padre era el mejor predictor del desarrollo cognitivo del hijo varón, mientras que la cualidad de la interacción verbal era el mejor criterio predictor para establecer el nivel cognitivo en el caso de las niñas (Clarke-Sterward, 1978). Este último aspecto, desarrollo del niño en función del sexo de ambos miembros de la diada (padre/madre-hijo/hija), también ha sido analizado en la literatura pero nosotros no vamos a entrar en él, solamente queremos subrayar el importante papel que juega el padre sobre el desarrollo cognitivo y social del niño desde muy temprana edad. En este sentido, es especialmente interesante el contexto de juego puesto que en él, por un lado, el niño muestra una preferencia clara hacia el padre como compañero de juegos (Clarke-Stewart, 1978, 1982) y, por otro, sirve en numerosas ocasiones al padre para aprovechar estas interacciones lúdicas

cas y convertirlas en situaciones de enseñanza (Power y Parke, 1982).

Al igual que ocurrió con la relación madre-hijo, el estudio de la *reciprocidad de la interacción padre-hijo* se vio propiciado, sin lugar a dudas, por los experimentos sobre comportamiento infantil que demostraron la amplia gama de capacidades que desde poco después del nacimiento el niño posee (investigaciones de Kessen y otros, ver Palacios, 1984), así como la prontitud para la interacción social (Schaffer, 1971). También auspiciados por los avances en observación y análisis microscópicos, comienzan a aparecer estudios detallados sobre secuencias y cambios de conducta en situaciones de interacción padre-hijo que hasta el momento sólo habían sido observadas con categorías muy globales.

Pudo comprobarse, como ya se había hecho con las madres, que los comportamientos del padre en situación de alimentar al bebé demuestran que, al igual que ellas, ajustan su conducta a los ritmos del niño y son igualmente sensibles a otros tipos de señales que el niño propicie (Parke y Sawin, 1975, cit. en Parke, 1979). También se ha demostrado que, como las madres, cambian su estilo habitual de hablar cuando se dirigen al recién nacido, emitiendo frases más cortas, repitiendo con más frecuencia el mensaje y ralentizándolo, etc. (Phillips y Parke, 1980, cit. en Parke, 1981).

La bidireccionalidad de las interacciones padre-hijo, incluso en el periodo neonatal, es un hecho hoy por hoy indiscutible; de igual manera, podemos asegurar que esta bidireccionalidad se va complicando una vez que el niño crece y entran en juego más marcadamente las características propias de ambos componentes de la diada, pero estos momentos evolutivos posteriores no son objeto de análisis de este trabajo, y en consecuencia no abundaremos en ellos.

A continuación, los planteamientos de bidireccionalidad que hemos visto, tanto en las relaciones padre-hijo como madre-hijo, se ven ensanchados una vez que las relaciones en la familia se estudian abordando conjuntamente a la triada madre-padre-hijo y analizando todas las posibilidades de interacción.

Padre-madre-hijo: enfoque triádico

Hasta ahora los modelos más innovadores a los que nos hemos referido son aquéllos que se han centrado en la diada madre-hijo o padre-hijo desde una perspectiva bidireccional. Se trata de enfoques en los que, como ya hemos reseñado, no sólo se ha atendido a la incidencia directa del padre o madre sobre el niño, sino que, al mismo tiempo, estudian las transformaciones que el propio niño puede operar sobre la conducta o cogniciones del padre.

Sin embargo, los resultados de algunas investigaciones como las de Parke y colaboradores (1972, 1976), indujeron a sospechar que a estos efectos directos se sumaban otros de naturaleza más indirecta. En concreto, estos autores, observando en sus hogares a la madre y al padre por separado con su hijo, por un lado, y a la triada madre-padre-hijo, por otro, encontraron que tanto el padre como la madre expresaban un afecto más positivo hacia el hijo y un nivel de exploración más alto con él cuando el otro padre estaba también presente.

El hecho de que se comprobara que las pautas de interacción entre un padre y el hijo se ven modificadas por la presencia del otro padre, corroboró la sospecha de que el propio contexto o dinámica familiar estaba ejerciendo cierta influencia indirecta.

En terminología de Bronfenbrenner (1974 a , 1974b), retomada después entre otros por Parke (1976, 1979), Clarke-Stewart (1978a, 1982), Peder- sen (1982) y Belsky (1979, 1981), estos efectos indi- rectos comenzaron a denominarse *efectos de segundo orden*.

En la tabla I (extraída de Parke, 1979), tomando la figura del padre como referencia, se resumen estos efectos de segundo orden. La idea central es que las relaciones madre-hijo no se dan en un vacío psicológi- co sino que, al menos en la familia nuclear, el padre constituye una potente fuerza psicológica que afecta a esta relación y, al mismo tiempo, se ve afectada por ella. Esto se realiza por dos canales: a través de la relación que el padre establece con la madre y por medio de su relación con el niño.

Tabla I. Enfoque triádico: modelos de efectos directos e indirectos.*

1. Impacto del padre sobre la conducta de la madre en el hijo.	P M H
2. Impacto de la relación padre-hijo en la interacción madre- hijo.	P - H M - H
3. Impacto de la modificación del padre de la conducta del niño en la interacción madre-hijo.	P H M - H
4. Impacto de la relación padre-madre en el niño.	P - M H
5. Impacto de la relación padre-hijo en la relación padre- ma- dre.	P - H P - M

* Es necesario precisar que las interacciones de esta tabla están tomadas con referencia al padre. Una exposición ex- haustiva de los modelos de interacción familiar debería añadir otra serie que fuera idéntica a ésta pero sustituyendo «P» por «M» y viceversa.

Según el modelo 1, el padre puede afectar al niño alterando los patrones de la relación madre-hijo; por ejemplo, la ayuda económica, emocional y física modi- ficarán la cantidad y cualidad de las interacciones que la madre establezca con el pequeño.

El modelo 2 explica que las conductas y actitudes del padre dirigidas hacia el niño pueden afectar, al mis- mo tiempo, las actitudes de la madre con el hijo. Por ejemplo, si el padre tiene sentimientos positivos hacia el niño es probable que los sentimientos y conductas positivos de la madre se vean reforzados; sin embar- go, en casos extremos patológicos, la madre puede reaccionar con envidia del afecto que el padre siente

hacia el niño, mostrándose exigente y áspera en su trabajo con éste.

Otra forma en que el padre puede indirectamente influir sobre el tratamiento que el niño reciba de su madre es modificando la conducta del niño cuando in- teractúa con él (modelo 3). En este sentido, por ejem- plo, es probable que los comportamientos nerviosos de un niño se vean reforzados por un padre impaciente que, al mismo tiempo, estará incidiendo sobre los sen- timientos de la madre hacia el niño.

Los modelos 4 y 5 subrayan la importancia del es- tudio de la triada familiar describiendo el impacto de la relación conyugal sobre el proceso de interacción pa- dre o madre-hijo y la influencia recíproca del hijo sobre la cohesión de la pareja. Es una forma de entender al padre o la madre, no sólo como padre o madre, sino también como marido y mujer. De esta forma, las rela- ciones entre el matrimonio pueden incidir sobre el niño durante el periodo del embarazo, en el nacimiento, en el ajuste temprano de la mujer a su nuevo papel de ma- dre y, más tarde, influyendo sobre las pautas de inte- racción madre-hijo.

Corroborando esta hipótesis Parke y O'Leary (1976) informaron que las depresiones postparto - trastorno que según ellos sufren las dos terceras par- tes de las mujeres que acaban de dar a luz - pueden ser mitigadas por la presencia de un marido que apo- ye. Igualmente, Perdersen (1975, 1979, 1982), valo- rando la calidad de las relaciones marido-mujer me- diante entrevistas encontró que correlacionaba positivamente con la competencia materna en situa- ción de alimentación del bebé (demostraciones de afecto, ajuste al ritmo del bebé, etc.), por el contrario, la detección de conflicto y tensión en la pareja llevaba asociados ciertos patrones de ineficacia de la madre en su interacción con el niño (entre otros, Durrett *et al.* (1986) han confirmado este dato). Parke *et al.* (1981) hipotetizan que los padres se interestimulan verbal- mente al dirigir la atención del otro sobre ciertos as- pectos de la conducta del bebé y al hacer comentarios sobre su manifestaciones, lo que a su vez provoca efectos positivos dirigidos al bebé o bien la explora- ción para comprobar un aspecto de conducta observa- da y comentada por el cónyuge. También, en conso- nancia con esto, no es una audacia suponer que en actuaciones o comportamientos concretos educativos de los padres, el cónyuge influya, en unos casos, como modelo a imitar o contra el que actuar en mayor o menor medida, en otros, compensando algún aspec- to considerado erróneo.

Los resultados anteriormente expuestos confirman la importancia de todo lo referido hasta ahora: para entender la relación padre- hijo y sus efectos sobre el desarrollo del niño es preciso establecer el conjunto total de relaciones que se dan entre los miembros de la familia. En consecuencia, además de hacer hincapié en las relaciones padres-hijo, será necesario conocer más acerca de la incidencia de las relaciones conyuga- les en el desempeño de los roles paternos y en el de- sarrollo del niño.

Esta idea coincide con lo que Belsky (1981) sinteti- za en su esquema (ver figura 1). En él podemos consi- derar que aparecen incluidos los modelos de Parke (1979, ver tabla 2) y los diversos datos que hemos mencionado en este apartado.

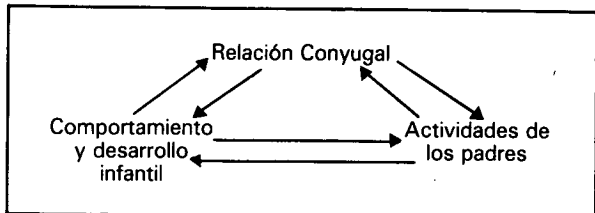


Figura 1. Sistema de influencias sugerido por Belsky (1981)

Belsky hace notar que es necesario ampliar los márgenes de estudio de la experiencia temprana abarcando cada vez más aspectos de la ecología infantil. De alguna forma puede considerarse que su modelo es una respuesta a tal necesidad puesto que amplía el análisis a puntos poco estudiados hasta el momento y desde una perspectiva novedosa; no obstante, es susceptible de ser desarrollado e incluido dentro de un estudio ecológico más amplio de la familia, tal como Bronfenbrenner (1979a, 1979b, 1986) sugiere. La idea central de este último autor se resume en la convicción de que deben ser estudiados, no sólo la familia, sino la totalidad de los distintos contextos o *escenarios de conducta* donde se desarrollan los niños y, al mismo tiempo, analizar las interconexiones que se dan entre ellos. Es este campo, el de las relaciones intercontextos de desarrollo, uno de los retos más interesantes que tiene hoy día planteada la psicología evolutiva.

Referencias

- BELSKY, J. Mother-father-infant interaction: a naturalistic observational study. *Developmental Psychology*, 1979, 15, 601-607.
- BELSKY, J. Early human experience: a family perspective. *Developmental Psychology*, 1981, 17, 3-23.
- BRONFENBRENNER, U. Contexts of childrearing: problems and prospects. *American Psychologist*, 1979, 10, 844-850 (a) (Trad. cast. Contextos de crianza del niño. Problemas y perspectiva. *Infancia y Aprendizaje*, 1985, 29, 45-55).
- BRONFENBRENNER, U. *The ecology of human development*. Cambridge, Harvard University Press, 1979, (b).
- BRONFENBRENNER, U. Ecology of the family as a context for Human Development: research perspective. *Developmental Psychology*, 1986, 22, 723-742.
- BRUNER, J. Learning how to do things with words. En J.S. Bruner y A. Garton (Eds), *Human Growth and Development*. Oxford, Oxford University Press, 1978.
- BRUNER, J. The formats of language acquisition. *American Journal of Semiotics*, 1982, 1, (2).
- CLARKE-STEWART, A. And daddy makes three: the father's impact on mother and young child. *Child Development*, 1978 44, 466-478.
- CLARKE-STEWART, A. And daddy makes three. En J. Belsky (Ed.), *In the beginning*. New York, Columbia University Press, 1982, 204-215.
- DELOACHE, J.S. y DeMENDOZA, L.A. Joint picturebook interactions of mothers and 1-year old children. *The British Journal of Developmental Psychology*, 1987, 5, 111-123.
- DURRETT, M.E. y cols. Mother's involvement with infant and her perception of spousal support. *Journal of Marriage and the Family*, 1986, 48, 187-198.
- GREENBERG, M. y MORRIS, N. Engrossment: the newborn's impact upon the father. *American Journal of Orthopsychiatry*, 1974, 44, 520-531.
- KAYE, K. Towards the origin of dialogue. En H.R. Shaffer (Ed.), *Studies in mother-infant interaction*. Londres, Academic Press, 1977.
- KAYE, K. *The Mental and Social Life of Babies*. Chicago, University of Chicago Press, 1982. (Trad. cast. *La vida mental y social del bebé. Cómo los padres crean personas*. Barcelona, Paidós, 1986).
- LAMB, M.E. y EASTERBROOKS, M.A. Individual differences in parental sensitivity: origins, components and consequences. En M.E. Lamb y L.R. Sherrod (Eds.), *Infant Social Cognition*. Hillsdale, N.J. Erlbaum, 1981.
- NINIO, A.S. y BRUNER, J.S. The achievement and antecedents of labeling. *Journal of Child Language*, 1978, 5, 1-15.
- OSOFSKY, J.D. y CONNORS, K. Mother-infant interaction: an integrative view of a complex system. En J.D. Osofsky (Ed.), *Handbook of Infant Development*. New York, John Wiley and Sons, 1979, 519-548.
- PALACIOS, J. Procesamiento de información en bebés. En J. Palacios, A. Marchesi y M. Carretero (comps.), *Psicología Evolutiva 2. Desarrollo Cognitivo y Social del niño*. Madrid, Alianza Universidad, 1984.
- PARKE, R.D. Perspectives on father-infant interaction. En J.D. Osofsky (Ed.), *Handbook of Infant Development*. New York, John Wiley and Sons, 1979, 549-590.
- PARKE, R.D. y O'LEARY, S. E. Father-mother-infant interaction in the newborn period: some findings, some observations and some unresolved issues. En K. Riegel y Meacham (Eds.), *The developing individual in a changing world, vol. 2. Social and Environmental Issues* The Hague, Mouton, 1976.
- PARKE, R.D.; POWER, T.G.; TINSLEY, B.R. y HIMEL, S. The role of the father in the family system. En P. Taylor (Ed.): *Parent infant relationships*. Grune Straton, New York, 1981. (Trad. cast. El papel del padre en el sistema familiar *Infancia y Aprendizaje*, 1981, 15, 39-51).
- PEDERSEN, F.A., Mother, father and infant as a interactive system. En J. Belsky (Ed.), *In the beginning*. New York, Columbia University Press, 1982, 216-226.
- PEDERSEN, F.A.; YARROW, L.J.; ANDERSON, B.J. y CAIN, R.L. Conceptualización de father influences in the infant period. En M. Lewis y L.A. Roseblum (Eds), *The Child and its Family*. New York, Plenum Press, 1979, 45-66.
- POWER, T.G. y PARKE R.D. Play as a context for early learning. En L.M. Laosa y I.E. Sigel (Eds.), *Families as learning environments for children*. New York, Plenum Press, 1982.
- RIVIERE, A. y COLL, C. *Individuación e interacción en el periodo sensoriomotor: apuntes sobre la construcción genética del sujeto y el objeto social*. XXémes Journées d'Etudes de IPSLF, Lisboa, 1985.
- SCHAFFER, H.R. *The growth of sociability*. Harmondsworth: Penguin, 1971(Trad.cast. *El desarrollo de la sociabilidad*. Madrid, Pablo del Río, 1979).
- SCHAFFER, H.R. *Mothering*. Londres, Open Books; Cambridge Mass: Harvard University Press, 1977. (Trad. cast. *Ser Madre*. Madrid, Morata, 1979).
- SCHAFFER, H.R. y CROOK, C.K. The mother in early social development. En H. McGurck (Ed.): *Issues in childhood social development*. Londres, Methuen, 1978. (Trad. cast. El papel de la madre en el desarrollo social temprano. *Infancia y Aprendizaje*, 1981, 15, 19-37).
- VYGOTSKI, L.S. *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona, Crítica, 1979.
- VILA, I. Del gesto a la palabra: una explicación funcional. En J. Palacios, A. Marchesi y M. Carretero, *Psicología Evolutiva 2. Desarrollo cognitivo y social del niño*. Madrid, Alianza Universidad, 1984.
- WACHS, TH. y GRUEN, G.E., *Early Experience and human Development*. New York, Plenum Press, 1982.
- YARROW, L.J.; RUBENSTEIN, J.L.; PEDERSEN, F.A. y JANKOWSKI, J.J. Dimensions of early stimulation and their differential affects on infant development. En J. Belsky (Ed.), *In the beginning* New York. Columbia University Press, 1982, 183-193.